

III

Las amnesias *progresivas* son las que, por un trabajo de disolución lento y continuo, llevan á la abolición completa de la memoria. Esta definición es aplicable á la mayoría de los casos. Sólo excepcionalmente, la evolución morbosa deja de producir una extinción total. La marcha de la enfermedad es muy sencilla; poco llamativa, como todo lo que se produce por acciones lentas; muy instructiva, porque mostrándonos cómo se desorganiza la memoria, nos enseña cómo está organizada.

No tenemos que referir aquí casos particulares, raros, excepcionales. Hay un tipo morboso, casi constante, y basta describirlo.

La primera causa de la enfermedad es una lesión del cerebro, de marcha invasora (hemorragia cerebral, apoplejía, reblandecimiento, parálisis general, atrofia de los viejos, etc., etc). Durante el período inicial no existen más que desórdenes parciales. El enfermo está sujeto á frecuentes olvidos, que se refieren á los hechos *recientes*. Si interrumpe una labor, se olvida de ella. Los acontecimientos de la víspera, de la antevíspera, una orden recibida, una resolución

tomada, todo esto se borra en seguida. Esta amnesia parcial es un síntoma vulgar de la parálisis general en su principio. Los asilos de locos están llenos de enfermos de esta categoría; al día siguiente de su entrada afirman que están allí desde hace un año, cinco, diez; que no tienen más que un vago recuerdo de haber abandonado su casa y su familia; que no pueden designar el día de la semana ni el nombre del mes. Pero el recuerdo de lo que han hecho y adquirido antes de la enfermedad permanece todavía sólido y tenaz. Todo el mundo sabe también que en los viejos el debilitamiento muy marcado de la memoria es relativo á los hechos recientes.)

Á esto se limitan, poco más ó menos, los datos de la psicología corriente. Parece admitir, al menos implícitamente, que la disolución de la memoria no sigue ninguna ley. Vamos á dar la prueba de lo contrario.

Para descubrir esta ley hay que estudiar psicológicamente la marcha de la demencia (1). Desde el momento en que se pasa el período de los prodromos, se produce un debilitamiento general y gradual de todas las facultades, que acaba por reducir al individuo á una vida completamente vegetativa. Los médicos han distinguido,

(1) Tomamos aquí la palabra demencia en el sentido médico, y no como sinónimo de la locura en general.

según sus causas, diversas especies de demencia (senil, paralítica, epiléptica, etc.) Estas distinciones no tienen interés para nosotros. El trabajo de disolución mental permanece en el fondo el mismo, cualesquiera que sean sus causas, y esto es lo único que nos importa. Ahora la cuestión que se presenta es ésta: ¿en esa disolución, la pérdida de la memoria sigue algún orden?

Los numerosos alienistas que han dejado descripciones de la demencia no se han detenido en esta cuestión, sin alcance para ellos. Su testimonio tendrá más valor si podemos descubrir en él una respuesta: y se encuentra en efecto. Interrogando á las mejores autoridades (Griesinger, Baillarger, Falret, Foville, etc, etc.), se descubre que la amnesia, después de haberse limitado primero á los hechos recientes, se extiende á las ideas, después á los sentimientos y á las afecciones y, finalmente, á los actos. Tenemos aquí todos los datos de una ley. Para desenvolverla, basta examinar sucesivamente estos diversos grupos:

1.º Es de observación tan vulgar que el debilitamiento de la memoria se refiere primeramente á los hechos recientes que no se nota lo chocante que es esto para el sentido común. Sería natural creer *à priori* que los hechos más recientes, los más próximos del presente, sean los más estables, los más claros; y esto es lo que sucede

en el estado normal. Pero al principio de la demencia se produce una lesión anatómica grave: un comienzo de degeneración de las células nerviosas. Estos elementos en vías de atrofia no pueden ya conservar las impresiones nuevas. En términos más precisos, ni una modificación nueva en las células, ni la formación de las nuevas asociaciones dinámicas son posibles, ó por lo menos duraderas. Las condiciones anatómicas de la estabilidad y de la reviviscencia faltan. Si el hecho es totalmente nuevo, no se inscribe en los centros nerviosos ó se borra en seguida (1). Si no es más que una repetición de experiencias anteriores y todavía vivaces, el enfermo traslada el hecho al pasado: las circunstancias concomitantes del hecho actual se borran muy pronto y no permiten ya localizarle en su sitio. Pero las modificaciones fijadas en los elementos nerviosos, desde largos años, y convertidas en orgánicas, las asociaciones dinámicas y los grupos de asociaciones, cien y mil veces repetidas, persisten todavía; tienen una mayor fuerza de resistencia contra la destrucción. Así se explica esta paradoja de la memoria: lo nuevo muere antes que lo antiguo.

(1) En un caso de demencia senil, un enfermo, durante catorce meses no ha reconocido nunca á su médico, que venía á visitarle todos los días. (Felmann, *Archiv. für Psychiatrie*, 1864).

2.º Bien pronto este fondo antiguo con el cual el enfermo puede todavía vivir, se obstruye á su vez; las adquisiciones intelectuales se pierden poco á poco (conocimientos científicos, artísticos, profesionales, lenguas extranjeras, etcétera). Los recuerdos personales se borran *descendiendo hacia el pasado*. Los de la infancia desaparecen los últimos. Aun en una época avanzada se recuerdan aventuras, cantos de la primera edad. Con frecuencia, los dementes han olvidado una gran parte de su propia lengua. Algunas expresiones se recuerdan por accidente; pero de ordinario repiten de un modo automático las pabras que les han quedado (Griesinger, Baillarger). Esta disolución intelectual tiene, por causa anatómica, una atrofia que invade poco á poco la corteza del cerebro, después la sustancia blanca, produciendo una degeneración grasienta y ateromatosa de las células, de los tubos y de los capilares de la sustancia nerviosa.

3.º Los mejores observadores han notado «que las facultades afectivas se extinguen mucho más lentamente que las facultades intelectuales». Puede sorprender al principio que estados tan vagos como los sentimientos, sean más estables que las ideas y los estados intelectuales en general. La reflexión demuestra que los sentimientos son lo que hay en nosotros de más profundo, más íntimo y más tenaz. Mientras que

nuestra inteligencia es adquirida, y como exterior á nosotros, nuestros sentimientos son innatos. Considerados en su origen, con independencia de las formas refinadas y complejas que pueden tomar, son la expresión inmediata y permanente de nuestra organización. Nuestras vísceras, nuestros músculos, nuestros huesos, todo, hasta los elementos más íntimos de nuestro cuerpo, contribuye á formarlos. Nuestros sentimientos somos nosotros mismos; la amnesia de nuestros sentimientos es el olvido de nosotros mismos. Es, pues, lógico que ésta se produzca en una época en que la desorganización es ya tan grande, que la personalidad comienza á caer á pedazos.

4.º Las adquisiciones que resisten en último término, son las casi enteramente orgánicas; la rutina diaria, los hábitos contraídos de larga fecha. Muchos pueden todavía levantarse, vestirse, hacer sus comidas regularmente, acostarse, ocuparse en trabajos manuales, jugar á las cartas y á otros juegos, aun á veces con una aptitud notable, mientras que ya no tienen ni juicio, ni voluntad, ni afecciones. Esta actividad automática, que no supone más que un minimum de memoria consciente, pertenece á esta forma inferior de la memoria, para la que bastan los ganglios cerebrales, el bulbo y la médula.

La destrucción progresiva de la memoria si-

gue, pues, una marcha lógica, una ley. *Desciende progresivamente de lo inestable á lo estable.* Comienza por los recuerdos que, mal fijados en los elementos nerviosos, rara vez repetidos, y por consiguiente asociados débilmente con los demás, representan la organización en su grado más débil. Concluye por esta memoria sensorial, instintiva que, fijada en el organismo, convertida en una parte del mismo, ó más bien siendo él mismo, representa la organización en su grado más fuerte. Del término inicial al término final, la marcha de la amnesia, reglamentada por la naturaleza de las cosas, sigue la dirección de la menor resistencia, es decir, de la menor organización. La patología confirma así plenamente lo que hemos dicho anteriormente de la memoria: «Es un proceso de organización de grados variables, comprendido entre dos límites extremos: el estado nuevo, el registro orgánico».

Esta ley, que llamaré *ley de regresión ó de reversión*, me parece que sale de los hechos, que se impone como verdad objetiva. Sin embargo, para disipar todas las dudas y prevenir todas las objeciones, he pensado que estaría bien ratificar esta ley por una contraprueba.

Si la memoria, cuando se deshace, sigue la marcha invariable que se acaba de indicar, debe seguir una marcha inversa cuando se rehace: las formas que desaparecen las últimas, deben

reaparecer las primeras, puesto que son las más estables, y la restauración debe hacerse su-
biendo.

Es muy difícil encontrar casos que los prueben. Primeramente es preciso que la memoria vuelva por sí misma. Los casos de reeducación prueban poco. Además, es raro que las amnesias progresivas vayan seguidas de curación. Por último, no habiéndose fijado nunca la atención sobre este punto, faltan los documentos. Los médicos, preocupados por otros síntomas, se contentan con anotar que la memoria «vuelve poco á poco».

En su *Ensayo*, citado anteriormente, Louyer-Villermay observa que, «cuando la memoria se restablece, sigue en su rehabilitación un orden inverso al que se observa en su abolición; los hechos, los adjetivos, los sustantivos, los nombres propios». Poco se puede sacar de esta observación bastante confusa. Hé aquí algo más claro:

«Últimamente se ha visto en Rusia á un célebre astrónomo olvidar sucesivamente los acontecimientos de la víspera, después los del año, luego los de los últimos años y así sucesivamente, aumentando siempre la laguna, tanto que, por último, no le quedaba ya más que el recuerdo de los sucesos de su infancia. Se le creía perdido. Pero, por una detención repentina y una

vuelta imprevista, la laguna se llenó en sentido inverso, volviéndose á hacer visibles los acontecimientos de la juventud, después los de la edad madura, después los más recientes, luego los de la víspera. La memoria estaba restaurada por completo cuando murió» (1).

La observación que sigue es todavía más precisa. Se ha anotado de hora en hora. Trascribo la mayor parte (2).

«Debo mencionar primeramente algunos detalles muy insignificantes en sí mismos, pero que es necesario conocer, porque se unen á un fenómeno notable. En los últimos días de Noviembre, un oficial de mi regimiento se hirió en el pie izquierdo por el roce de una bota. El 30 de Noviembre fué á Versalles para tener allí una entrevista con su hermano. Comió en esta ciudad, volvió la misma noche á París y al entrar en su alojamiento, encontró una carta de su padre sobre la chimenea.

»Ahora hé aquí el hecho en sí mismo. El 1.º de Diciembre este oficial estaba en el picadero, y

(1) Taine. *De la Inteligencia*, t. I, lib. II, cap. II, párrafo 4.º

(2) *Observation sur un cas de perte de mémoire* por M. Kœmpfen en las *Mémoires de l'Académie de médecine*, 1835, tomo IV, pág. 489. Debo la indicación de esta curiosa observación al doctor Riti, médico en el asilo de Charenton.

habiéndose caído su caballo, chocó él en el suelo con la parte derecha del cuerpo, y sobre todo con el parietal derecho. Esta conmoción fué seguida de un ligero síncope. Vuelto en sí, montó de nuevo «para disipar un resto de aturdimiento» y continuó su lección durante tres cuartos de hora con gran regularidad. Sin embargo, de cuando en cuando decía al picador: «Salgo de un sueño. ¿Qué me ha pasado?» Tuvieron que transportarle á su domicilio.

»Como yo vivía en la misma casa que el enfermo, me llamaron en seguida. Estaba de pie; me reconoció, me saludó como siempre y me dijo: «Salgo como de un sueño. ¿Qué me ha pasado?»—Palabra fácil. Repuestas precisas á todas las preguntas. No se quejaba más que de confusión en la cabeza.

»No obstante mis preguntas, las del picador y las de su criado, no se acuerda ni de su herida de la antevíspera, ni de su viaje á Versalles de la víspera, ni de su salida por la mañana, ni de las órdenes que ha dado antes de salir, ni de su caída ni de lo que siguió. Reconoce perfectamente á todo el mundo, llama á cada cual por su nombre, sabe que es oficial, que está de semana, etc.

»No he dejado pasar una hora sin observar á este enfermo. Cada vez que iba á verle, creía que me veía por vez primera. No se acuerda de nin-

guna de las prescripciones médicas que acaba de hacer (baños de pies, fricciones, etc.). En una palabra, *no existe para él nada más que la acción del momento.*

»Seis horas después del accidente, empezó á levantarse el pulso y el enfermo empezó á retener la afirmación que se le había hecho tantas veces: Usted se ha caído del caballo.

»Á las ocho horas, el pulso ganó más aún; el enfermo se acuerda de haberme visto una vez.

»Dos horas y media más tarde, el pulso es ya normal. El enfermo no olvida casi nada de lo que se le dice. Recuerda perfectamente su herida del pie. Empieza también á recordar que la víspera ha estado en Versalles, pero de una manera tan insegura, que confiesa que si se le afirmara lo contrario podría creerlo. Sin embargo, acentuándose la vuelta de la memoria más y más, adquirió durante la tarde la convicción íntima de haber estado en Versalles. Pero aquí se para por este día el progreso del recuerdo. Se acuerda sin poder acordarse de lo que ha hecho en Versalles, cómo ha vuelto á París, ni cómo ha recibido la carta de su padre.

»El 2 de Diciembre, después de una noche de un sueño tranquilo, se acuerda sucesivamente al despertar lo que ha hecho en Versalles, cómo ha vuelto y que ha encontrado la carta de su padre en la chimenea. Pero todo lo que ha hecho,

visto ú oído en 1.º de Diciembre antes de su caída, lo ignora todavía hoy; es decir, que no tiene el conocimiento por sí mismo, sino sólo por los testigos.

»Esta pérdida de la memoria ha estado, como dicen los matemáticos, en razón inversa del tiempo que ha pasado entre las acciones y la caída, y la vuelta de la misma se ha verificado en un orden determinado, de lo más lejano á lo más próximo».

Esta observación, hecha sin espíritu de sistema por un hombre que parece estar muy sorprendido de lo que observa, ¿no es concluyente? No se trata aquí, en verdad, más que de una amnesia temporal y limitada, pero se ve que aún en estos límites estrechos se cumple la ley. Siento que, á pesar del gran número de investigaciones é interrogaciones, no sea posible presentar más hechos de este género. Si se fija la atención por este lado es seguro que se descubrirán otros.

En definitiva, nuestra ley, sacada de los hechos, afirmada por comprobación, puede considerarse como verdadera hasta probar lo contrario. Puede hasta corroborarse por otras consideraciones.

Esta ley, por general que sea en la memoria, no es más que un caso particular de una ley todavía más general, de una ley biológica. Es un hecho conocido de todo el mundo que, en el do-

minio de la vida, las estructuras últimamente formadas son las primeras que degeneran. Esto es, dice un fisiólogo, parecido á lo que ocurre en las grandes crisis comerciales. Las casas antiguas resisten la tempestad, las nuevas, menos sólidas, se desmoronan por todos lados. En fin, en el orden biológico la disolución se hace en sentido inverso de la evolución: va de lo complejo á lo sencillo. Hughlings Jackson ha sido el primero que ha demostrado al pormenor que las funciones superiores, complejas, especiales, voluntarias del sistema nervioso son las primeras que desaparecen; que las funciones inferiores, sencillas, generales, automáticas desaparecen las últimas. Hemos comprobado estos dos hechos en la disolución de la memoria: lo nuevo sucumbe antes que lo antiguo, lo complejo antes que lo simple. La ley que hemos formulado no es, pues, más que la expresión psicológica de una ley de la vida, y la patología nos presenta á su vez en la memoria ese hecho biológico.

El estudio de las amnesias periódicas ha puesto en claro nuestro aserto, al mostrarnos cómo la memoria se deshace y se rehace, y nos hace comprender de lo que la memoria es. Nos ha revelado una ley que nos permite, por ahora, orientarnos en medio de numerosas variedades morbosas que nos permitirá más tarde reunir las desde un punto de vista de conjunto.

Sin ensayar un resumen prematuro, recordemos lo que hemos dicho más arriba: desde luego, y en todos los casos, abolición de los recuerdos recientes, en las amnesias periódicas; suspensión de todas las formas de la memoria, salvo aquéllas que son semi-organizadas y orgánicas; en las amnesias totales y temporales, abolición completa, salvo de las formas orgánicas; en un caso (Macnish), abolición completa, incluso de las formas orgánicas. Veremos en el capítulo próximo que los desórdenes *parciales* de la memoria están regidos por esta misma ley de regresión y sobre todo el grupo más importante, las amnesias del lenguaje.

Quedando admitida la ley de regresión queda por determinar cómo obra. Seré breve en esto, no teniendo que proponer más que hipótesis.

Sería pueril suponer que los recuerdos se depositan en el cerebro en forma de capas, por orden de antigüedad, á modo de estratificaciones geológicas, y que la enfermedad, bajando de la superficie á las capas profundas, obra como un experimentador que levanta pedazo á pedazo el cerebro de un animal. Para explicar la marcha de un proceso morbozo nos hace falta recurrir á la hipótesis que hemos hecho antes sobre las bases físicas de la memoria. La recordaré en algunas palabras.

Es muy probable que los recuerdos ocupen el

mismo asiento anatómico que las impresiones primitivas y que exijan la actividad de los mismos elementos nerviosos (células y fibras). Estos pueden ocupar posiciones muy diversas, desde la corteza del cerebro hasta la médula. La conservación y la reproducción dependen: 1.º, de una cierta modificación de las células; 2.º, de la formación de grupos más ó menos complejos que hemos llamado asociaciones dinámicas. Tales son para nosotros las bases físicas de la memoria.

Las adquisiciones primitivas, las que datan de la infancia, son las más simples; formación de los movimientos secundarios automáticos, educación de nuestros sentidos. Dependen principalmente del bulbo y de los centros inferiores del cerebro; y es sabido que en esa época de la vida la corteza cerebral está desarrollada imperfectamente. Independientemente de su sencillez, tienen todas las probabilidades posibles para ser las más estables. Desde luego, las impresiones son recibidas por elementos vírgenes. La nutrición es muy activa, pero esta renovación molecular incesante no sirve más que para fijar las impresiones; reemplazando exactamente las moléculas nuevas á las antiguas, la disposición adquirida de los elementos nerviosos acaba por equivaler á una disposición innata. Además, las asociaciones dinámicas formadas entre estos elementos, llegan al estado de fusión completa,

en virtud de innumerables repeticiones. Es, pues, inevitable que estas primeras adquisiciones se conserven mejor y sean más fácilmente reproducidas que cualesquiera otras, y que constituyan la forma más sólida de la memoria.

En tanto que el individuo adulto se halla en estado sano, las impresiones y las asociaciones nuevas, aunque de un orden mucho más complejo que las de la infancia, tienen aún grandes probabilidades de estabilidad. Las causas que acaban de ser enumeradas obran siempre, aunque con menos fuerza.

Pero si, efecto de la edad ó de enfermedad, cambian las condiciones; si las acciones vitales, sobre todo la nutrición, disminuyen; si las pérdidas, son excesivas; entonces las impresiones llegan á ser inestables y las asociaciones frágiles. Pongamos un ejemplo: Un hombre está en ese período de amnesia progresiva en que el olvido de los hechos recientes es muy rápido. Oye un cuento, ve un paisaje ó un espectáculo. El acontecimiento psíquico se reduce en último análisis á una suma de impresiones auditivas ú ópticas que forman ciertos grupos muy complejos. En ese nuevo relato ó ese nuevo espectáculo no hay de ordinario más que una sola cosa nueva: la agrupación, la asociación. Los sonidos, las formas, los colores, que son sus elementos, han sido probados y recordados muchas veces en la

vida. Pero por efecto del estado morbo del encefalo este conjunto nuevo no llega á fijarse; los elementos que le componen forman parte de otras asociaciones ó grupos mucho más estables, formados durante el período de salud, á menudo repetidos. Entre el conjunto nuevo, que tiende débilmente á establecerse, y los conjuntos antiguos, que están establecidos fuertemente, la lucha es desigual. Todas las probabilidades posibles son las de que las antiguas combinaciones se susciten más tarde, hasta en el sitio y lugar de la nueva.

Bastan estas indicaciones. Observamos, por otra parte, que esta hipótesis sobre la causa de la amnesia progresiva es de una importancia secundaria. Que se acepte ó no, no hace cambiar en nada el valor de nuestra ley.

IV

Poco hay que decir de las amnesias *congenitas*. Hablaré de ellas por no omitir nada. Se encuentran en los idiotas, imbeciles, y, en un grado más débil, entre los cretinos. La mayor parte de ellos están afectados de una debilidad general de la memoria. Variable según los individuos, se acentúa tanto en algunos, que hace imposibles la adqui-

sición y la conservación de esos hábitos tan sencillos que constituyen la rutina diaria de la vida.

Pero aunque la debilidad general de la memoria es la regla, se encuentran en la práctica frecuentes excepciones. Entre estos enfermos los hay que, en un campo limitado, tienen una memoria notable.

Se ha observado que en muchos idiotas é imbeciles, los sentidos son atacados desigualmente: así el oído puede tener una finura y una precisión superiores, mientras que los otros sentidos son muy obtusos. La detención en el desarrollo no es uniforme en todos los puntos. No es, pues, extraño que la debilidad general de la memoria coincida en el mismo sujeto con la evolución y hasta la hipertrofia de una memoria particular. Así ciertos idiotas, refractarios á toda otra impresión, tienen un gusto muy marcado por la música y pueden retener un aire que no han oído más que una sola vez. Otros (el caso es más raro) tienen la memoria de las formas, de los colores, y muestran una cierta aptitud para el dibujo. Se encuentra con más frecuencia la memoria de las cifras, de las fechas, de los nombres propios, de las palabras en general. «Un imbecil se acordaba del día de cada enterramiento hecho en una parroquia desde hacia treinta y cinco años. Podía repetir con una exactitud invariable el nombre y la edad de los muer-